

# LA CONDICIÓN HUMANA

ANDRÉ MALRAUX

LA CONDICIÓN  
HUMANA



Consulte nuestra página web: [www.edhasa.es](http://www.edhasa.es)  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *La condition humaine*

Traducción de César A. Comet

Diseño de la colección: Jordi Salvany

Diseño de la cubierta: Edhasa

Primera edición en pocket edhasa: mayo de 1988

Segunda edición revisada: marzo de 2017

© 1933, Éditions Gallimard

© de la presente edición: Edhasa, 1979, 1988, 2017

Avda. Diagonal, 519-521

08029 Barcelona

Tel. 93 494 97 202

España

E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

ISBN: 978-84-350-1924-8

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 3460-2017

Impreso en España

*A Eddy du Perron*

## PARTE PRIMERA

*21 de marzo de 1927*

*12:30 de la noche*

¿Intentaría Chen levantar el mosquitero? ¿Golpearía a través de él? La angustia le retorció el estómago. Conocía su propia firmeza; pero sólo era capaz, en aquel instante, de pensarlo con el embrutecimiento, fascinado por aquel montón de muselina blanca que caía desde el techo sobre un cuerpo menos visible que una sombra y de donde emergía sólo aquel pie medio inclinado por el sueño, vivo, no obstante, de la carne de hombre. La única luz procedía del *building* vecino; un gran rectángulo pálido de electricidad, cortado por los barrotes de la ventana, uno de los cuales rayaba el lecho precisamente por debajo del pie, como para acentuarle el volumen y la vida. Cuatro o cinco cláxones sonaron a la vez. ¿Descubierto? ¡Combatir, combatir con enemigos que se defienden, con enemigos despiertos, qué liberación!

La ola de estruendo decreció: algún estrépito de carruajes; todavía había estrépito de carruajes allá, en el mundo de los hombres... Volvió a verse frente a la gran mancha blanca de la muselina y del rectángulo de luz,

inmóviles en aquella noche en que el tiempo había dejado de existir.

Se repetía que aquel hombre debía morir. Tontamente, porque él sabía que lo mataría: capturado o no, ejecutado o no, poco importaba. Sólo existía aquel pie, aquel hombre al que debía herir sin que se defendiese, porque, si llegara a defenderse, llamaría.

Parpadeando, nauseado, Chen descubría en sí, no el combatiente que esperaba, sino a un sacrificador. Y no sólo ante los dioses que había elegido; bajo su sacrificio a la revolución surgía un mundo de profundidades, ante el cual aquella noche agobiada de angustia no era más que claridad. «Asesinar no es sólo matar, ¡ay...!». En los bolsillos, sus manos vacilantes empuñaban, la derecha, una navaja de afeitar cerrada, y la izquierda, un puñal corto. Las escondía lo máximo posible, como si la noche no bastase para ocultar sus movimientos. La navaja era más segura; pero Chen comprendía que no podría servirse de ella; el puñal le repugnaba menos. Soltó la navaja, cuyo dorso penetraba en sus dedos crispados; el puñal se hallaba desnudo en su bolsillo, sin vaina. Lo hizo pasar a su mano derecha, dejando caer la izquierda sobre la lana de su tricota, donde quedó adherida. Levantó ligeramente el brazo derecho, estupefacto ante el silencio que seguía rodeándole, como si su ademán hubiera debido soltar el resorte de una caída. Pero no; no pasaba nada: seguía siendo él quien tenía que actuar.

Aquel pie vivía, como un animal dormido. ¿Terminaba en él un cuerpo? «¿Pero es que me vuelvo loco?». Había que ver aquel cuerpo. Verlo; ver aquella cabeza; para

ello debía entrar en la luz; dejar que pasase sobre el lecho su abultada sombra. ¿Cuál era la resistencia de la carne? Convulsivamente, Chen se hundió el puñal en el brazo izquierdo. El dolor —ya no era capaz de pensar en aquel brazo *suyo*—, la idea del suplicio seguro si el durmiente despertaba, le libertaron por un segundo: el suplicio era preferible a aquella atmósfera de locura. Se acercó. Aquel era el hombre que había visto, dos horas antes, en plena luz. El pie, que casi rozaba el pantalón de Chen, giró de pronto, como una llave, y volvió a su primitiva posición en la noche tranquila. Quizás el durmiente presintiese aquella presencia, aunque no lo bastante para despertar... Chen se estremeció: un insecto corría sobre su piel. No; era la sangre de su brazo, que corría en un reguero. Y aquella sensación de mareo continuaba.

Un solo movimiento, y el hombre quedaría muerto. Matarlo no era nada: lo que resultaba imposible era tocarlo. Y había que herir con precisión. El durmiente, acostado sobre la espalda, en medio del lecho, a la europea, sólo se hallaba vestido con unos calzoncillos cortos; pero, bajo la piel grasienta, las costillas no eran visibles. Chen tenía que orientarse por los pezones. Sabía cuán difícil es herir de arriba abajo. Tenía, pues, el puñal con la hoja en el aire; pero la tetilla izquierda quedaba más alejada: a través del tul del mosquitero hubiera tenido que herir alargando el brazo, con un movimiento curvo, como el del *swing*. Cambió la posición del puñal: la hoja, horizontal. Tocar aquel cuerpo inmóvil era tan difícil como herir un cadáver, quizá por las mismas razones. Como atraído por aquella idea de cadáver, se elevó

un quejido. Chen ya no podía retroceder; las piernas y los brazos se le habían aflojado por completo. Pero el estertor se regularizó: el hombre no jadeaba, roncaba. Se hizo vivo, vulnerable; y, al mismo tiempo, Chen se sintió burlado. El cuerpo resbaló, con un ligero movimiento hacia la derecha. ¡Despertaría ahora! Con un golpe capaz de atravesar una tabla, Chen lo detuvo con un ruido de muselina desgarrada unido a un choque sordo. Sensible hasta el extremo de la hoja, sintió el cuerpo rebotar hacia él, rechazado por el colchón elástico. Endureció rabiosamente el brazo para retenerlo: las piernas retrocedían juntas hacia el pecho, como ligadas la una a la otra. Se distendieron de golpe. Habría que herir de nuevo; pero, ¿cómo arrancar el puñal? El cuerpo continuaba de costado, inestable, y, a pesar de la convulsión que acababa de sacudirle, Chen recibía la impresión de tenerlo fijo en el lecho con su arma corta, sobre la cual pesaba toda su masa. Por el gran agujero del mosquitero, lo veía muy bien: los párpados se habían abierto —¿habría podido despertar?—, y los ojos estaban en blanco. A lo largo del puñal, la sangre comenzaba a brotar, negra en aquella falsa luz. Con su peso, el cuerpo, presto a caer hacia la derecha o hacia la izquierda, encontraba aún vida. Chen no podía soltar el puñal. A través del arma, de su brazo extendido y de su hombro dolorido, se establecía una comunicación, toda angustia, entre el cuerpo y él, hasta el fondo de su pecho, hasta su corazón convulso, única cosa que se movía en la estancia. Permanecía en absoluto inmóvil; la sangre que continuaba resbalando de su brazo le parecía ser la del hombre acostado. Sin que



nada exterior sobreviniese, tuvo la certidumbre de que aquel hombre estaba muerto. No respiraba, y continuaba manteniéndose de costado, en la luz inmóvil y turbia, en la soledad de la habitación. Nada indicaba que hubiera habido lucha; ni siquiera el desgarrón de la muselina, que parecía dividida en dos: allí no había más que silencio y una embriaguez abrumadora en la que él zozobraba, separado del mundo de los vivos, aferrado a su arma. Sus dedos se apretaban cada vez más; pero los músculos del brazo se aflojaban, y el brazo entero comenzó a temblar como una cuerda. Aquello no era miedo; era un espanto, a la vez atroz y solemne, que no había vuelto a conocer desde su infancia: estaba solo con la muerte, solo en un lugar sin hombres, aplastado como un muelle, a la vez, por el horror y por el placer de la sangre.

Consiguió abrir la mano. El cuerpo se inclinó suavemente sobre el vientre. Quedando sesgado el mango del puñal, una mancha oscura comenzó a extenderse sobre la sábana y creció, como un ser vivo. Y, a su lado, creciendo como ella, apareció la sombra de dos orejas puntiagudas.

La puerta estaba próxima; el balcón, más alejado; pero era del balcón de donde venía la sombra. Aunque Chen no creía en los genios, estaba paralizado, incapacitado para darse vuelta. Se sobresaltó: un maullido. Medio repuesto, se atrevió a mirar. Era un gato de los tejados, que con patas silenciosas entraba por la ventana, los ojos fijos en él. Una rabia furiosa sacudía a Chen a medida que avanzaba la sombra, no contra el animal mismo, sino contra esa presencia; nada vivo debía deslizarse en la hosca región donde estaba arrojado: aquello que lo había visto em-

puñar aquel cuchillo, lo imposibilitaba para volver entre los hombres. Abrió la navaja y dio un paso hacia adelante. El animal huyó por el balcón. Chen lo persiguió. Se encontró, de pronto, frente a Shanghai.

Sacudida por su angustia, la noche bullía como una enorme humareda negra, llena de chispas; al ritmo de su respiración, cada vez menos anhelante, se inmovilizó, y, en el desgarrón de las nubes, aparecieron las estrellas, con su movimiento eterno, que le invadió con el aire más fresco de fuera. Una sirena se elevó y luego se perdió en aquella serenidad punzante. Abajo, muy abajo, las luces de medianoche, reflejadas a través de una bruma amarilla por el macadam mojado, por las pálidas rayas de los rieles, palpitaban con la vida de los hombres que no matan. Eran millones de vidas, y todas ahora rechazaban a la suya; pero, ¿qué significaba su condenación miserable, al lado de la muerte que se retiraba de él, que parecía deslizarse fuera de su cuerpo a grandes oleadas, como la sangre del otro? Toda aquella sombra, inmóvil o centelleante, era la vida: como el río, como el mar, invisible a lo lejos; el mar... Respirando, por fin, hasta lo más profundo de su pecho, le pareció unirse a aquella vida con un agradecimiento sin límite, al borde del llanto, tan trastornado como antes. «Hay que escapar...». Permaneció contemplando el movimiento de los autos y de los transeúntes, que corrían bajo sus pies por la calle iluminada, como un ciego curado mira, como un hambriento come. Ávidamente, insaciable de vida, hubiese querido tocar aquellos cuerpos. Una sirena llenó todo el horizonte, más allá del río: el relevo de los obreros de

noche, en el arsenal. ¡Que los imbéciles obreros fuesen a fabricar las armas destinadas a matar a quienes combatían por ellos! ¿Aquella ciudad iluminada continuaría poseída como un campo por su dictador militar, vendida hasta la muerte como un rebaño, a los jefes de guerra y a los comercios de Occidente? Su gesto criminal tenía el mismo valor que un prolongado trabajo de los arsenales de China: la insurrección inminente que pretendía entregar Shanghai a las tropas revolucionarias no poseía doscientos fusiles. Si poseyese las pistolas —unas trescientas— cuya venta con el gobierno acababa de negociar aquel intermediario —el muerto—, los rebeldes, cuyo primer acto debía consistir en desarmar a la policía para armar sus tropas, duplicarían sus posibilidades. Pero, desde hacía diez minutos, Chen no había pensado en ello ni siquiera una sola vez.

Y todavía no había cogido el papel por el cual había matado a aquel hombre. Entró de nuevo, como si hubiera entrado en la cárcel. Las ropas estaban colgadas al pie de la cama, bajo el mosquitero. Buscó en los bolsillos, pañuelos, cigarrillos... No tenía cartera. La habitación seguía siendo la misma: mosquitero, paredes blancas, nítido rectángulo de luz... El crimen, pues, no había cambiado nada... Metió la mano debajo de la almohada, cerrando los ojos. Tocó la cartera, muy pequeña, como un portamonedas. Por vergüenza o angustia, porque el ligero peso de la cabeza atravesada en la almohada se hacía más inquietante cada vez, volvió a abrir los ojos: no había sangre en la almohada, y el hombre no parecía muerto. ¿Debería, pues, matarle de nuevo? Pero ya

su mirada, que volvía a encontrar los ojos en blanco y la sangre sobre las sábanas, lo liberaba. Para registrar la cartera, retrocedió hacia la luz: era ésta la de un restaurante lleno de jugadores. Encontró el documento, se guardó la cartera, atravesó la habitación casi corriendo, cerró con doble vuelta de llave y se guardó ésta en el bolsillo. En el extremo del corredor del hotel —se esforzaba por caminar despacio—, no estaba el ascensor. ¿Llamaría...? Descendió. En el piso inferior, el del dancing, el bar y los billares, unas diez personas esperaban el ascensor, que ya llegaba. Las siguió. «La *dancing-girl* roja está estupenda, maravillosa», le dijo, en inglés, su vecino, birmano o siamés, un poco borracho. Le dieron ganas, a la vez, de abofetearle, para hacerle callar, y de abrazarlo, porque estaba vivo. Rezonó en lugar de responder. El otro le golpeó en el hombro, con aire cómplice. «Cree que yo estoy borracho también...». Pero el interlocutor abrió de nuevo la boca. «Ignoro las lenguas extranjeras», dijo Chen, en pekinés. El otro se calló. Miró, intrigado, a aquel hombre joven, sin cuello, aunque con una tricota de magnífica lana. Chen estaba frente a la luna interior del ascensor. El crimen no dejaba ninguna huella en su rostro... Sus facciones, más mongólicas que chinas —pómulos salientes y nariz muy aplastada, aunque con la arista ligeramente marcada, como un pico—, no habían cambiado: no expresaban más que fatiga. Hasta en sus sólidos hombros y en sus gruesos labios, de buen muchacho, parecía no pesar nada extraño. Sólo el brazo, pegajoso cuando lo doblaba, caliente... El ascensor se detuvo. Salió con el grupo.

Compró una botella de agua mineral y llamó a un taxi —un coche cerrado— donde se lavó el brazo y se lo vendió con un pañuelo. Los rieles desiertos y los charcos de los aguaceros de la tarde relucían débilmente. El cielo luminoso se reflejaba en ellos. Sin saber por qué, Chen lo contempló. ¡Cuánto más cerca de él había estado antes, cuando había descubierto las estrellas! Se alejaba de él, a medida que su angustia se debilitaba y volvía a encontrar a los hombres... En el extremo de la calle, las autoametralladoras, tan grises como los charcos, y los trazos claros de las bayonetas, llevadas por sombras silenciosas; el puesto, el final de la concesión francesa. El taxi no podía ir más lejos. Chen mostró su pasaporte falso, de electricista empleado en la concesión. El funcionario examinó el papel con indiferencia («Decididamente lo que acabo de hacer no se nota») y lo dejó pasar. Delante de él, perpendicular, la avenida de las Dos Repúblicas, frontera de la ciudad china.

Abandono y silencio. Cargadas con todos los ruidos de la mayor ciudad de China, las ondas zumbadoras se perdían allí, como en el fondo de un pozo los sonidos procedentes de las profundidades de la tierra: todos los de la guerra, y las últimas sacudidas nerviosas de una multitud que no quiere dormir. Pero era lejos donde vivían los hombres; allí, nada quedaba del mundo, como no fuese una noche, en la cual Chen se ponía de acuerdo con su instinto, como adquiriendo una amistad súbita: aquel mundo nocturno, inquieto, no se oponía a su cri-

men. Mundo en que los hombres habían desaparecido; mundo eterno. ¿Volvería el día, acaso, sobre aquellas tejas podridas, sobre todas aquellas callejuelas, en el fondo de las cuales una linterna iluminaba un muro sin ventanas o un nido de hilos telegráficos? Existía un mundo del crimen, y él se hallaba en ese mundo, como en el calor. Ninguna vida; ninguna presencia; ningún ruido próximo. Ni siquiera los gritos de los modernos comerciantes; ni siquiera los ladridos de los perros abandonados...

Por fin, una tienda mugrienta: *Lu-Yu-Shuen y Hemmelrich, Fonos*. Había que volver entre los hombres... Esperó algunos minutos, sin entregarse por completo, y por fin golpeó un postigo. La puerta se abrió casi inmediatamente: era una tienda llena de discos alineados con cuidado, con un vago aspecto de biblioteca pobre; luego, la trastienda: grande, desnuda y cuatro camaradas en mangas de camisa.

Al cerrarse de nuevo, la puerta hizo que oscilase la lámpara. Los semblantes desaparecieron y volvieron a aparecer. A la izquierda, muy orondo, Lu-Yu-Shuen y la cabeza de boxeador inutilizado de Hemmelrich, rapado, con la nariz rota y los hombros hundidos. Detrás, en la sombra, Katow. A la derecha Kyo Gisors; al pasar por encima de su cabeza, la lámpara marcó exageradamente las comisuras caídas de su boca de estampa japonesa; al alejarse, apartó la sombra, y aquel rostro mestizo casi pareció europeo. Las oscilaciones de la lámpara se fueron haciendo cada vez más cortas. Los dos semblantes de Kyo fueron apareciendo alternativamente, cada vez menos diferentes el uno del otro.

Invadidos por la necesidad de interrogar, todos miraban a Chen con una intensidad idiota, pero no decían nada. Él contempló las baldosas, acribilladas de semillas de girasol. Podía informar a aquellos hombres; pero jamás podría explicarse. Le obsesionaba la resistencia opuesta por el cuerpo al cuchillo, mucho mayor que la de su brazo: sin el impulso de la sorpresa, el arma no habría penetrado profundamente. «Nunca hubiera creído que fuese tan duro...».

—Eso es —dijo.

En la habitación, ante el cuerpo, pasada la inconsciencia, no había dudado: había *sentido* la muerte.

Tendió la orden de la entrega de armas. Su texto era largo. Kyo lo leía.

—Sí; pero...

Todos esperaban. Kyo no aparecía impaciente ni irritado; no se había movido; apenas se había contraído su semblante. Sin embargo, todos comprendían que lo que acababa de descubrir lo trastornaba. Se decidió:

—Las armas no están pagadas. *Pagaderas a su entrega.*

Chen sintió que la ira caía sobre él, como si hubiera sido estúpidamente robado. Se había asegurado de que aquel papel era el que buscaba; pero no había tenido tiempo de leerlo. Por otra parte, no hubiera podido hacer que cambiase nada. Sacó la cartera del bolsillo y se la entregó a Kyo: unas fotos y unos recibos, ningún otro documento.

—Creo que se podrá arreglar con los hombres de las secciones de combate —dijo Kyo.

—Con tal de que podamos subir a bordo —respondió Katow—, todo marchará.

Silencio. La presencia de aquellos hombres arrancaba a Chen de su terrible soledad, suavemente, como una planta a la que se arranca de la tierra donde sus raíces más finas la retienen aún. Y al mismo tiempo que, poco a poco, volvía hacia ellos, le parecía que los reconociese, como a su hermana, la primera vez que había vuelto de una casa de prostitución. Allí se sentía la tensión que se experimentaba en las salas de juego, al final de la noche.

—¿Qué tal? —preguntó Katow, dejando, por fin, su disco y avanzando hacia la luz.

Sin responder, Chen contempló aquella hermosa cabeza de Pierrot ruso —ojillos burlones y nariz al aire— que ni siquiera aquella luz podía hacer dramática. Él, sin embargo, sabía lo que era la muerte. Se levantaba. Fue a ver el grillo dormido en su jaula minúscula: Chen podría tener sus razones para callar. Éste observaba el movimiento de la luz, que le permitía no pensar: el grito tembloroso del grillo, despierto por su llegada, se unía a las últimas vibraciones de la sombra sobre los rostros. Siempre la obsesión de la dureza de la carne, aquel deseo de apoyar el brazo con fuerza sobre la primera cosa que encontrase. Las palabras sólo servían para turbar la familiaridad con la muerte, que se había albergado en su corazón.

—¿A qué hora saliste del hotel? —preguntó Kyo.

—Hace veinte minutos.

Kyo consultó su reloj; la una menos diez.

—Bien. Acabemos aquí, y larguémonos.

—Quiero ver a tu padre, Kyo.

—¿Sabes que *eso* será, sin duda, para mañana?



—Tanto mejor.

Todos sabían lo que era *eso*: la llegada de las tropas revolucionarias a las últimas estaciones del ferrocarril, que debía determinar la insurrección.

—Tanto mejor —repitió Chen. Como todas las sensaciones, la del crimen y el peligro, al alejarse, le dejaban completamente vacío. Aspiraba a recuperarlas. Sin embargo, quiero verlo.

—Ve esta noche; nunca duerme antes del alba.

—Iré a eso de las cuatro.

Por instinto, cuando se trataba de ser comprendido, Chen se dirigía a papá Gisors. Que su actitud le era dolorosa a Kyo —tanto más dolorosa cuanto que ninguna vanidad intervenía en ella— lo sabía; pero no podía hacer nada; Kyo era uno de los organizadores de la insurrección; el Comité Central tenía confianza en él; Chen también, pero no mataría nunca a nadie, como no fuera combatiendo. Katow estaba más cerca de él; Katow, condenado a cinco años de presidio en 1905, cuando, siendo estudiante de medicina, había tratado de derribar la puerta de la cárcel de Odesa. Y, sin embargo...

El ruso comía caramelos, uno a uno, sin dejar de contemplar a Chen; y Chen, de pronto, comprendió su glotonería. Ahora que había matado, tenía derecho a sentir deseo de algo. Derecho. Aquello era hasta pueril... Extendió su mano cuadrada. Katow creyó que quería marcharse, y se la estrechó. Chen se levantó. En efecto: quizá ya no tuviese que hacer nada allí; Kyo estaba prevenido, y a él le correspondía actuar. Y él, Chen, sabía lo que quería hacer ahora. Se dirigió a la puerta; volvió, no obstante.

—Dame unos caramelos.

Katow le dio la bolsa. Él quiso repartir el contenido. No tenía papel. Se llenó el hueco de la mano, se metió unos cuantos en la boca, salió.

—No ha debido ir completamente solo —dijo Katow.

Refugiado en Suiza desde 1905 a 1912, fecha de su regreso clandestino a Rusia, hablaba el francés sin ningún acento ruso, pero tragándose cierto número de vocales, como si hubiera querido compensar así la necesidad de articular rigurosamente cuando hablaba el chino. Casi debajo de la lámpara ahora, su rostro estaba poco iluminado. Kyo lo prefería así; la expresión de ingenuidad irónica que los ojillos y, sobre todo, la nariz saliente —pájaro de cuenta, le decía Hemmelrich— daban al semblante de Katow, era tanto más viva cuanto más se oponía a sus propias facciones, y le molestaba con frecuencia.

—Acabemos —dijo—: ¿Tienes los discos, Lu?

Lu-Yu-Shuen, sonriendo y como dispuesto a doblar mil veces el espinazo, colocó sobre dos «fonos» los dos discos examinados por Katow. Había que ponerlos en movimiento al mismo tiempo.

—Una, dos, tres —contó Kyo.

El silbido del primer disco cubrió al segundo. De pronto, se detuvo —se oyó: *enviar*—; luego, continuó. Otra palabra más: *treinta*. Nuevo silbido. Luego, *hombres*. Silbido.

—Perfectamente —dijo Kyo. Detuvo el movimiento, y puso en marcha el primer disco solo. Silbido: silencio; silbido. Parada. Bien. Etiqueta de los discos de desecho.

En el segundo: *Tercera lección. Correr, marchar, ir, venir, enviar, recibir. Uno, dos tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nue-*

*ve, diez, veinte, treinta, cuarenta, cincuenta, sesenta, ciento. He visto correr a diez hombres. Veinte mujeres están aquí. Treinta...*

Aquellos falsos discos para la enseñanza de idiomas eran excelentes. La etiqueta estaba imitada de maravilla. Kyo se hallaba inquieto, sin embargo.

—¿Mi impresión era mala?

—Muy buena; perfecta.

Lu se esponjaba en una sonrisa. Hemmelrich parecía indiferente. En el piso de arriba, un niño gritó de dolor.

Kyo no comprendía.

—Entonces, ¿por qué la han cambiado?

—No la han cambiado —dijo Lu—. Es la misma. Es raro que reconozca uno su propia voz, ¿sabe?, cuando se oye por primera vez.

—¿El fonógrafo la desfigura?

—No es eso; es que todos reconocen sin trabajo la voz de los demás; pero uno, ¿sabe?, no está acostumbrado a oírse a sí mismo...

Lu se sentía lleno de júbilo chino al explicar una cosa a un espíritu distinguido que la ignora.

«Lo mismo ocurre en nuestro idioma...».

—Bueno. ¿Tienen que venir a buscar los discos esta noche?

—Los barcos partirán mañana, al amanecer, para Han-Kow...

Los discos silbadores eran expedidos por un barco; los discos de texto, por otro. Éstos eran franceses o ingleses, según que la misión de la región fuese católica o protestante. Los revolucionarios empleaban algunas veces verdaderos discos grabados por ellos mismos.

«El día –pensaba Kyo–. ¡Cuántas cosas, antes de que llegue el día!...». Se levantó.

–Se necesitan voluntarios para las armas. Y algunos europeos, si es posible.

Hemmelrich se acercó a él. El niño, arriba, gritó de nuevo.

–Te responde el muchacho –dijo Hemmelrich–. ¿Basta eso?... ¿Qué harías tú, con el chico que va a reventar y la mujer que gime arriba... no lo bastante fuerte para molestarnos...?

La voz, casi rencorosa, era precisamente la de aquel rostro de la nariz rota, de los ojos hundidos que la luz vertical sustituía por dos manchas negras.

–Cada uno a su trabajo –pronunció Kyo–. Los discos también son necesarios... Katow y yo, a lo nuestro. Pasemos a buscar los tipos –entonces sabremos si atacamos mañana o no–; y yo...

–Pueden descubrir el cadáver en el hotel, ¿comprendes? –dijo Katow.

–Antes de que amanezca, no. Chen ha cerrado con llave. No hay rondas.

–Quizás el intermediario tuviese alguna cita.

–¿A estas horas? Es poco probable. Ocurra lo que ocurra, lo esencial es cambiar el anclaje del barco. Así, si tratan de alcanzarlo, perderán, por lo menos, tres horas antes de encontrarlo. Está en el límite del puerto.

–¿Adónde quieres hacerlo pasar?

–Al puerto mismo. No al muelle, naturalmente. Allí hay centenares de vapores. Tres horas perdidas, por lo menos. Por lo menos.

—El capitán desconfiará...

El semblante de Katow no expresaba casi nunca sus sentimientos: la alegría irónica subsistía en él. Sólo, en aquel instante, el tono de la voz traducía su inquietud, cada vez más intensa.

—Conozco a un especialista en negocios de armas —dijo Kyo—. Con él, el capitán adquirirá confianza. No tenemos mucho dinero; pero podemos pagar una comisión... Creo que estamos de acuerdo: nos servimos del papel para subir a bordo, y ya nos las arreglaremos después.

Katow se encogió de hombros, como ante la evidencia. Se puso su blusa, cuyo cuello no abotonaba nunca, y alargó a Kyo la chaqueta de *sport* que estaba colgada en una silla. Ambos estrecharon fuertemente la mano a Hemmelrich. La lástima sólo conduciría a humillarle más. Salieron.

Abandonaron inmediatamente la avenida y entraron en la ciudad china.

Unas nubes muy bajas, pesadamente amontonadas, sólo dejaban ya aparecer las últimas estrellas en la profundidad de sus desgarraduras. Aquella vida de las nubes animaba la oscuridad, ora más ligera, ora más intensa, como si inmensas sombras llegasen, a veces, a profundizar la noche. Katow y Kyo llevaban calzado de *sport*, con suela de goma, y sólo oían sus pasos cuando se deslizaban por el barro. Del lado de las concesiones —el enemigo—, un resplandor bordeaba los tejados. Lentamente henchido por el prolongado grito de una sirena, el viento, que traía el rumor casi extinto de la ciudad en estado de sitio y el silbido de los vapores, que volvían hacia los

barcos de guerra, pasó sobre las miserables bombillas eléctricas encendidas en el fondo de los callejones sin salida y de las callejuelas. En torno a ellas, unos muros en descomposición salían de la sombra desierta, develados con todas sus manchas por aquella luz a la que nada hacía vacilar y de donde parecía emanar una eternidad sórdida. Oculto por aquellos muros, había medio millón de hombres: los de las hilanderías, que trabajaban durante dieciséis horas diarias, desde la infancia; el pueblo de la úlcera, de la escoliosis, del hambre. Los vidrios que protegían las bombillas se empañaron, y, durante algunos minutos, la gran lluvia de China, furiosa, precipitada, tomó posesión de la ciudad.

«Un buen barrio», pensó Kyo. Hacía más de un mes, que, de comité en comité, preparando la insurrección, había dejado de ver las calles; no caminaba ya por el barro, sino sobre terreno llano. La agitación de los millones de modestas vidas cotidianas desaparecía, aplastada por otra vida. Las concesiones, los barrios ricos, con sus verjas lavadas por la lluvia al final de las calles, no existían ya más que como amenazas, como barreras, como los prolongados muros de una prisión sin ventanas. Aquellos barrios atroces, por el contrario —donde las tropas de encuentro eran más numerosas—, palpitaban con el estremecimiento de una multitud al acecho. Al girar por una callejuela, su mirada se abismó de pronto en la profundidad de las luces de una ancha calle; velada por la copiosa lluvia, conservaba en su imaginación una perspectiva horizontal, pues habría sido preciso atacarla con los fusiles y las ametralladoras, que disparan horizontalmente. Después

del fracaso de las sublevaciones de febrero, el Comité Central del partido comunista chino había encargado a Kyo la coordinación de las fuerzas insurrectas. En cada una de aquellas calles silenciosas, donde el perfil de las casas desaparecía bajo el aguacero con olor a humo, el número de los militantes se había duplicado. Kyo había pedido que se le facilitasen de 2.000 a 5.000, y la dirección militar los había conseguido en un mes. Pero no poseía doscientos fusiles. (Y había trescientos revólveres en aquel *Shang-Tung*, que dormía con los ojos abiertos en medio del río chapoteante.) Kyo había organizado ciento noventa y dos grupos de combate de unos veinticinco hombres, todos provistos de sus jefes. Sólo aquellos jefes estaban armados... Pasaron por delante de un garaje popular, lleno de camiones viejos transformados en autobuses. Todos los garajes estaban «registrados». La dirección militar había constituido un Estado Mayor y la asamblea del partido había elegido un Comité Central. Desde el comienzo de la insurrección, era preciso mantenerlos en contacto con los grupos de encuentro. Kyo había creado un primer destacamento de unión, de ciento veinte ciclistas. A los primeros disparos, ocho grupos deberían ocupar los garajes y apoderarse de los autos. Los jefes de aquellos grupos habían visitado ya los garajes, y no se equivocarían. Cada uno de los demás jefes, desde hacía diez días, estudiaba el barrio donde debían combatir. ¡Cuántos visitantes, aquel mismo día, habían penetrado en los edificios principales, habían preguntado por un amigo al que nadie conocía y habían hablado y ofrecido el té, antes de irse! ¡Cuántos obreros, a pesar del

aguacero copioso, reparaban los tejados! Todas las posiciones de algún valor para el combate en las calles estaban reconocidas; las mejores posiciones de tiro estaban señaladas con los trazos rojos en los planos, para la permanencia de los grupos de encuentro. Lo que Kyo sabía acerca de la vida subterránea de la insurrección alimentaba lo que ignoraba; algo que le sobrepasaba infinitamente venía de las grandes alas desgarradas de Tchapei y de Pootung, cubiertas de fábricas y de miseria, para hacer estallar los enormes ganglios del centro. Una invisible multitud animaba aquella noche de juicio final.

—¿Mañana? —interrogó Kyo.

Katow vaciló y detuvo el balanceo de sus grandes manos. No; la pregunta no se dirigía a él. Ni a nadie.

Caminaba en silencio. Poco a poco, el chaparrón se transformaba en llovizna; el crepitar de la lluvia sobre los tejados se debilitaba, y la calle negra se llenó con el ruido entrecortado de los arroyos. Los músculos de sus semblantes se aflojaron. Al descubrir entonces la calle como aparecía ante su mirada —larga, negra, indiferente—, Kyo la percibió como un pasado: de tal modo la obsesión le impulsaba hacia adelante.

—¿A dónde crees tú que habrá ido Chen? —preguntó—. Dijo que no iría a casa de mi padre hasta eso de las cuatro... ¿A dormir?

Había en su pregunta una admiración incrédula.

—No sé... Al burdel, quizá... Él no se emborracha...

Llegaron a una tienda: *Shia, comerciante de lámparas*. Como en todas partes, los postigos estaban cerrados. Abrieron. Un chinito horroroso quedó en pie delante



de ellos, mal iluminado por detrás. Al menor movimiento, de la aureola de luz que rodeaba su cabeza le bajaba un reflejo oleoso sobre la enorme nariz, acribillada de granos. Los vidrios de unos centenares de lámparas, que aparecían colgadas, reflejaban las llamas de dos linternas encendidas sobre el mostrador y se perdían en la oscuridad, hasta el fondo invisible del negocio.

—¿Qué hay? —pronunció Kyo.

Shia le contemplaba y se frotaba las manos con fuerza. Se volvió sin decir nada, dio algunos pasos y hurgó en algo oculto. El roce de su uña doblada sobre una hoja de lata hizo rechinar los dientes de Katow; pero ya volvía, con los tirantes a la izquierda y a la derecha... Leyó el papel que llevaba, con la cabeza iluminada por debajo, casi pegada a una de las lámparas. Era un informe de la organización militar que trabajaba con los obreros ferroviarios. Los refuerzos que defendían Shanghai contra los revolucionarios de Nankín: los obreros ferroviarios habían decretado la huelga, los guardias blancos y los soldados del ejército gubernamental obligaban a los que cogían a que condujesen los trenes militares, bajo pena de muerte.

—Uno de los obreros ferroviarios detenido ha hecho descarrilar el tren que conducía —leyó el chino—. Muerto. Otros tres trenes militares descarrilaron ayer; los rieles habían sido levantados.

—Que se generalice el sabotaje y se indique en los mismos informes el medio de reparar los daños en el plazo más breve —dijo Kyo.

—Por todo acto de sabotaje, los guardias blancos fusilan...

–El Comité lo sabe. Nosotros fusilaremos también.

–Otra cosa: ¿no hay trenes de armas?

–No.

–¿Se sabe cuándo estarán los nuestros en Tcheng-Tcheu?<sup>1</sup>

–No tengo aún las noticias de medianoche. El delegado del Sindicato cree que será esta noche o mañana...

La insurrección comenzaría, pues, al día siguiente o al otro. Había que esperar las informaciones del Comité Central. Kyo tenía sed. Salieron.

Ya no estaban lejos del sitio donde tenían que separarse. Una nueva sirena de barco llamó tres veces, a intervalos, y, luego, una vez más, prolongada. Parecía que su grito se esparciese en aquella noche saturada de agua. Por último, retumbó, como un cohete. «¿Comenzarían a inquietarse, en el *Shang-Tung*?». Absurdo. El capitán sólo atendería a sus clientes hacia las 8. Reanudaron la marcha, prisioneros de ese barco, anclado allá, en las aguas verdosas y frías con sus cajas de pistolas. Ya no llovía.

–Con tal de que encuentre a ese tipo –dijo Kyo–. Quedaría, no obstante, más tranquilo si el *Shang-Tung* cambiara de anclaje.

Sus rutas no eran ya las mismas. Se dieron cita y se separaron. Katow iba a buscar a los hombres.

Kyo llegó, por fin, a la puerta enrejada de las concesiones. Dos tiradores anamitas y un agente de la colonial llegaron para examinar sus papeles: tenía su pasaporte francés. Para tantear el puesto, un comerciante

1. La última estación, antes de Shanghai.

chino había ensartado unos pastelillos en las puntas de las alambradas. «Buen sistema para envenenar a un puesto, eventualmente», pensó Kyo.

El agente le devolvió el pasaporte. Kyo encontró bien pronto un taxi y dio la dirección del *Black Cat*.

El auto, que el chófer conducía a toda velocidad, encontró algunas patrullas de voluntarios europeos. «Las tropas de ocho naciones vigilan aquí», decían los periódicos. Poco importaba; no entraba en las intenciones del Kuomintang atacar a las concesiones. *Boulevards* desiertos; sombras de modestos comerciantes, con sus tiendas en forma de balanza sobre los hombros... El auto se detuvo a la entrada de un jardín exiguo, alumbrado por el letrero luminoso del *Black Cat*. Al pasar por delante del guardarropa, Kyo miró la hora: las dos de la mañana. «Afortunadamente, aquí se admiten todos los trajes.» Bajo su chaqueta de *sport*, de tela de terciopelo gris oscuro, llevaba un *pullover*.

El *jazz* estaba en el colmo de la nerviosidad. Desde hacía cinco horas mantenía, no la alegría, sino una embriaguez salvaje a la que cada pareja se aferraba ansiosamente. De pronto, se detuvo, y la multitud se disgregó. En el fondo los clientes; a los lados las danzarinas profesionales: chinas, con sus vestidos de brocado; rusas y mestizas, con su *ticket* para el baile o para la conversación. Un viejo con aspecto de *clergyman* aturdido permanecía en medio de la pista, esbozando con el codo movimientos de ganso. A los cincuenta y dos años, había trasnochado por primera vez, y, aterrorizado por su mujer, ya no se había atrevido a volver a su casa. Desde hacía ocho me-

ses se pasaba las noches en aquellos lugares; ignoraba dónde estaban los lavaderos, y se mudaba de ropa blanca en las camiserías chinas, entre dos biombos. Negociantes próximos a la ruina; danzarinas y prostitutas; cuantos se sabían amenazados —casi todos— mantenían sus miradas sobre aquel fantasma, como si sólo él les retuviese al borde de la nada. Irían a acostarse, anonadados, al amanecer —cuando el paseo del verdugo comenzase de nuevo en la ciudad china—. A aquella hora, no habría más que las cabezas cortadas en las jaulas, todavía oscuras, con los cabellos chorreando de lluvia.

—¡De talapuinos, querida amiga! ¡Los vestirán de tala-pui-nos!

La voz bufonesca, directamente inspirada por Polichinela, parecía llegar de una columna. Gangosa, aunque amarga, no evocaba mal el espíritu de aquel lugar, aislado en un silencio invadido por el entrechocarse de los vasos sobre el *clergyman* aturdido. El hombre que Kyo buscaba estaba presente.

Lo descubrió en cuanto hubo rodeado la columna, en el fondo de la sala, donde, a algunas filas de profundidad, se hallaban dispuestas las mesas que no ocupaban las danzarinas. Por encima de una confusión de espaldas y de pechos, en un montón de trapos sedosos, un polichinela delgado y sin joroba, aunque con una voz muy apropiada, dirigía un discurso bufonesco a una rusa y a una mestiza filipina sentadas a su mesa. De pie, con los codos pegados al cuerpo, gesticulando con las manos, hablaba con todos los músculos de su rostro en tensión, molesto por el cuadro de seda negra, estilo *Pied-Nickelé*,

que protegía su ojo derecho, magullado, sin duda. De cualquier manera que fuese vestido —llevaba un esmoquin, aquella noche—, el barón de Clappique parecía ir disfrazado. Kyo estaba decidido a no abordarle allí; a esperar a que saliese.

—¡Perfectamente, querida amiga, perfectamente!

Chiang Kaishek entrará aquí con sus revolucionarios y gritará, en estilo clásico, le digo, ¡clá-si-co!, como cuando se toman las ciudades: «¡Que me vistan de talapuininos a esos negociantes y de leopardos a estos militares, como cuando se sientan en los bancos recién pintados! Semejante al último príncipe de la dinastía Leang, perfectamente, subamos sobre los juncos imperiales y contemplemos a nuestros sujetos vestidos, para distraernos, a cada uno del color de su profesión, azul, rojo, verde, con trenzas y pompones. ¡Ni una palabra, querida amiga, ni una palabra le digo!»

Y confidencial:

«La única música permitida será la del sombrero chino».

—¿Y usted, qué hará allá?

Quejumbroso, sollozando:

—¿Cómo, querida amiga? ¿No lo adivina? Seré el astrólogo de la corte, y moriré al ir a coger la luna en un estanque, una noche en que esté borracho... ¿Esta noche...?

Científico:

«... como el poeta Thu-Fu, cuyas obras *seguramente* encantan —¡Ni una palabra, estoy seguro!— sus jomadas desocupadas. Además...»

La sirena de un buque de guerra llenó el salón. Inmediatamente, un golpe furioso de platillos se unió a

ella, y se reanudó la danza. El barón se había sentado. A través de las mesas y de las parejas, Kyo ocupó un sitio libre, un poco detrás de la suya. La música había cubierto todos los ruidos; pero, ahora que se había aproximado a Clappique, oía su voz de nuevo. El barón toqueteaba a la filipina; pero continuaba hablando hacia el rostro demacrado, todo ojos, de la rusa.

—... La desgracia, querida amiga, consiste en que ya no hay fantasía. De vez en cuando,

El índice levantado:

«... un ministro europeo envía a su mujer un paquetito postal; ella lo abre... —¡Ni una palabra...!

Con el índice sobre la boca:

«... es la cabeza de su amante. ¡Todavía se habla de ello, después de tres años!».

Desconsolado:

«¡Lamentable, querida amiga, lamentable! ¡Míreme! ¿Ve usted mi cabeza? He aquí a dónde conducen veinte años de fantasía hereditaria. Se parece a la sífilis... ¡Ni una palabra!».

Pleno de autoridad:

—«¡Mozo! Champaña para estas dos señoras y para mí...».

De nuevo confidencial:

«... un pequeño Martini...»

Severo:

«... muy seco».

«Admitiendo lo peor, aun con esa política, tengo una hora por delante —pensó Kyo—. Sin embargo, ¿durará esto mucho tiempo?».

La filipina reía o lo aparentaba. La rusa, abriendo mucho los ojos, trataba de comprender. Clappique continuaba gesticulando, con el índice vivo, estirado, con expresión de autoridad, llamando la atención hacia la confidencia. Pero Kyo apenas le escuchaba; el calor le entorpecía, y, además, una preocupación que aquella noche había rondado en su camino se expandía en un confuso cansancio: aquel disco; *su voz*, que no había reconocido antes, en casa de Hemmerlich. Pensaba en esto con la misma compleja inquietud con que había contemplado, cuando niño, las amígdalas que el cirujano acababa de cortar. Pero imposible seguir su pensamiento.

—... En una palabra —gañía el barón, guiñando el ojo que llevaba al descubierta y volviéndose hacia la rusa—: tenía un castillo en Hungría del Norte...

—¿Es usted húngaro?

—De ningún modo. Soy francés. ¡Y me fastidia, por cierto, querida amiga, lo-ca-men-te! Pero mi madre era húngara.

«Pues bien, mi bisabuelo vivía allí en un castillo, con unos salones grandes —muy grandes—, con unos cofrades muertos debajo y unos abetos alrededor; muchos abetos. Viudo. Vivía solo, con un gigante-co cuerno de caza colgando de la chimenea. Pasa un circo ambulante. Con una amazona. Preciosa...

Doctoral:

«Ya digo: pre-cio-sa».

Guiñando de nuevo el ojo:

«... La rapta... No es difícil... La conduce a una de aquellas grandes habitaciones...».

Llamando la atención, con la mano levantada:

«¡Ni una palabra! Vive allí. Continúa. Se aburre. Tú también, pequeña mía —haciendo cosquillas a la filipina—; pero, paciencia... Él no se divertía tampoco, por cierto: se pasaba la mitad de la tarde haciendo que su pedicuro le arreglase las uñas de las manos y de los pies (además había un barbero contratado en el castillo, y mientras su secretario, hijo de un siervo asqueroso, le leía —y le releía— en voz alta la historia de la familia. ¡Encantadora ocupación, querida amiga; vida perfecta! Por otra parte, generalmente estaba borracho... Ella...».

—¿Ella se enamoró del secretario? —preguntó la rusa.

—¡Magnífica! ¡Esta pequeña es magnífica! ¡Querida amiga, es usted magnífica! ¡Notable perspicacia!

Le besó la mano.

«... ¿Pero se acostó con el pedicuro, no estimando tanto como ustedes las cosas del espíritu. Entonces se dio cuenta de que mi bisabuelo le pegaba. ¡Ni una palabra! Fue inútil. Se escaparon».

«El abandonado, que era muy malo, recorre sus vastos salones (siempre con sus cofrades debajo), se declara burlado por los dos galopines, que se dislocaban los riñones en la capital, en una posada a lo Gogol, con un cacharro de agua desportillado y unas berlinas en el patio. Descuelga el gi-gan-tes-co cuerno de caza, no para soplar en él, y encarga al intendente que haga un llamamiento a sus campesinos. (Entonces se tenía derecho a hacerlo, en aquellos tiempos.) Los arma: cinco escopetas de caza y dos pistolas. ¡Pero, querida amiga, eran demasiados!».